

entre ambos cuerpos una vela encendida. Eufrasia, con la cabeza inclinada y la risa horrorosa de su boca torcida, parecía mirar á su hija con sus grandes ojos fijos; en tanto que en aquella soledad, en medio de aquel profundo silencio, oíase por todos lados el sordo trabajo, el esfuerzo jadeante de Misard, que de nuevo registraba la casa. Y en los intervalos reglamentarios, pasaban los trenes, cruzándose sobre las dos vías, pues la circulación había sido restablecida por completo. Pasaban inexorables, con su omnipotencia mecánica, indiferentes, ignorando aquellos dramas y aquellos crímenes. ¡Qué importaban los desconocidos anónimos, caídos en el camino, aplastados bajo las ruedas! Se llevaron los muertos, lavaron la sangre, y el tren continuó hacia adelante, hacia el porvenir.

XI

Severina hizo que subiesen á Santiago herido, sin conocimiento todavía, á la alcoba principal de la Croix-de-Maufras; habitación colgada toda de damasco rojo, cuyas dos altas ventanas daban sobre el camino de hierro, distante sólo algunos metros. El lecho, de forma antigua, estaba colocado de modo que pudieran verse cruzar los trenes.

A pesar del tiempo transcurrido desde la

muerte del presidente, nada había cambiado en aquella casa; ni un mueble se había quitado de su sitio.

Enrique Dauvergne fué instalado en un cuarto de dormir más pequeño, del piso bajo; mientras que Severina reservó para sí la alcoba más próxima á la de Santiago, separada solamente por un pasillo. En dos horas la instalación se hizo confortable, merced á que la casa se conservaba intacta, y había hasta ropa blanca en el fondo de los armarios. Con un delantal atado á la cintura por encima de su vestido, Severina se encontraba convertida en enfermera después de haber teleografiado á Roubaud que no la esperase durante algunos días, pues se quedaba para cuidar á los heridos, recogidos en su casa.

Desde el día siguiente consideró el médico á Santiago fuera de peligro, y aun contaba con hacer que se levantara de la cama á los ocho días: un verdadero milagro, pues contra lo que todos suponían, apenas tenía daños internos de consideración. Pero era preciso guardar sumo cuidado y una inmovilidad absoluta. Cuando el enfermo abrió los ojos, Severina, que velaba á su lado como si fuera un niño, le suplicó que la obedeciese en todo. Santiago, muy débil todavía, se lo prometió haciendo un signo afirmativo con la cabeza. Estaba en su perfecto conocimiento, y reconoció aquel cuarto descrito por ella la noche de su confesión: aquella era la alcoba donde, á los dieciséis años y medio, había cedido Severina á las violencias del presidente Grandmorin. Reco-

nocía la cama, que él ocupaba ahora; las ventanas por las cuales, sin levantar la cabeza, miraba desfilan los trenes que conmovían todo el edificio.

Y esta casa la veía tal como cuando él pasaba conduciendo su máquina. La distinguía sesgada al borde de la vía, deteriorada, y cada vez con aspecto más triste, desde que el inmenso cartel colgado en su fachada, anunciando su venta, aumentaba la melancolía del jardín, obstruido por las zarzas. Volvía á sentir la horrible tristeza y el malestar que ella le comunicaba, como si se dirigiese allí para la desgracia de su existencia. Creía vislumbrar que moriría allí seguramente.

Desde que Severina le vio en estado de comprender se apresuró á consolarle, diciéndole al oído, mientras le arropaba con la colcha:

—No te inquietes, he registrado tus bolsillos, y he cogido el reloj.

Santiago la miró con los ojos ensanchados, haciendo un esfuerzo de memoria.

—El reloj..... ¡Ah! sí, el reloj.

—Por temor á que alguien lo encontrase, lo he escondido yo entre unos objetos míos. No hay peligro.

Ella dió las gracias con un apretón de manos, y al volver la cabeza vió sobre la mesa el cuchillo, hallado igualmente en uno de sus bolsillos. Este no había por qué ocultarlo: era un cuchillo como todos los demás.

Al día siguiente, sintiéndose mejor Santiago,

recobró la esperanza de no morir allí. Tenía un verdadero placer en sentir cerca á Cabuche, que atronaba el parquecillo con sus pasos de coloso. Después del accidente, el carretero no había abandonado á Severina, llevado sin duda por un ardiente deseo de abnegación; dejaba su trabajo y venía todas las mañanas á ayudarla en los quehaceres de la casa; la servía como un perro fiel, con los ojos fijos sobre los suyos, diciendo que era una mujer fuerte á pesar de su aspecto débil, y que se podía hacer cualquier cosa por ella mejor que por otras personas. Los dos amantes se acostumbraron á la presencia de Cabuche, tuteándose y abrazándose delante de él, cuando atravesaba el cuarto discretamente, procurando ocultar su enorme corpachón.

Santiago, sin embargo, se asombraba de las frecuentes ausencias de Severina. El primer día le había ocultado ella la presencia de Enrique en el piso bajo, considerando que le tranquilizaría su absoluta solicitud.

—Estamos solos, ¿no es verdad?.....

—Sí, querido mío, solos, completamente solos..... Duerme tranquilo.

No obstante, desaparecía á cada minuto, y al día siguiente oyó él, en el piso bajo, ruido de pasos, de cuchicheos; y al inmediato sintió claramente dos voces jóvenes y frescas que no cesaban de reír.

—¿Qué hay?..... ¿Qué es eso?..... ¿De modo que no estamos solos?

—Pues bien, no, querido mío; hay abajo,

precisamente debajo de este cuarto, otro herido que hube de recibir.

—¡Ah!..... ¿Quién es?

—Enrique, ¿no sabes?..... el conductor jefe.

—Enrique..... ¡Ah!

—Y esta mañana han llegado sus hermanas. Esas son las risas que tú oyes; se ríen de todo.... Como está mucho mejor, se marcharán esta tarde, pues su padre no puede vivir sin ellas; Enrique se quedará dos ó tres días más para restablecerse completamente..... Imagínate que saltó desde el tren y no se hizo nada; solamente se quedó como un idiota, mas ya ha vuelto en sí.

Santiago fijó en ella una mirada tan larga, que ésta añadió:

—¿No comprendes? Si él no estuviese ahí, se podría dudar de nosotros..... Mientras que no estando yo sola contigo, mi marido no tiene nada que decir; tengo un buen pretexto para continuar aquí..... ¿Comprendes?

—Sí, sí, está bien.

Y hasta la tarde siguió oyendo Santiago las risas de las de Dauvergne, que recordaba haber oído también en París, subiendo desde el piso inferior al cuarto donde Severina se había confesado entre sus brazos. Después volvió el silencio, interrumpido solamente por el paso ligero de esta última, que iba y venía al cuidado de los dos heridos. Dos veces, sintiendo mucha sed, dió golpes con una silla en el piso para que ella subiese; y cuando reaparecía, venía sonriente, muy deprisa, explicando que no concluía por

tener que aplicar sobre la cabeza de Enrique compresas de agua helada.

Al cuarto día, Santiago pudo levantarse y pasar dos horas en una butaca delante de la ventana. Inclínándose un poco vió el estrecho jardín, cortado por el camino de hierro, cercado por muros bajos y lleno de rosales de flores pálidas. Recordaba la noche en que se había levantado para mirar por encima del muro y vió el terreno vasto al otro lado de la casa, cerrado solamente por un seto vivo que él había franqueado, y detrás del cual había querido violentar á Flora, sentada en el umbral del invernadero en ruinas, preparándose á cortar unas cuerdas con sus grandes tijeras. ¡Ah, la abominable noche, llena de su espantoso mal! Flora, con su aspecto de mujer guerrera y sus ojos ardientes fijos en los suyos, le atraía más y más á medida que el recuerdo se hacía más claro en su mente. Ante todo, nada había preguntado del incidente, y ninguno de los que estaban en derredor suyo le hablaban por prudencia. Pero cada detalle despertaba y reconstituía el todo; no pensaba más que en eso, esforzándose continuamente, de tal modo, que ahora, en la ventana, su única ocupación era buscar las huellas, acechar los actores de la catástrofe. ¿Por qué, pues, no la veía en su puesto de guardabarrera con la bandera en la mano? No se atrevía á preguntar nada y esto aumentaba el malestar que le producía aquella casa lúgubre, poblada toda de espectros.

Una mañana, sin embargo, cuando Cabuche

estaba allí, delante de Severina, se decidió á preguntar:

—¿Y Flora, está enferma?

El carretero, preocupado, no comprendió un gesto que aquélla le hizo, creyendo que le mandaba hablar.

—La pobre Flora.... ¡ha muerto!

Santiago les miró estremeciéndose, y fué preciso decirse todo.

Los dos le refirieron entonces cómo la joven se había suicidado, dejándose despedazar en el túnel. Se había retrasado el entierro de la madre hasta por la tarde para conducirla al mismo tiempo; dormían juntas en el reducido cementerio de Doinville, donde habían ido á juntarse con la dulce y desgraciada Luisilla, muerta también violentamente, toda llena de sangre y lodo. ¡Tres miserables de esas que caen en el camino para ser aplastadas y desaparecer como impelidas por el terrible viento de los trenes que pasan!

—¡Muerta, Dios mío!—repitió Santiago muy bajo.—¡Muertas mi pobre tía Eufrasia, Flora y Luisita!

Al oír el nombre de esta última, Cabuche, que ayudaba á Severina á hacer la cama, levantó instintivamente los ojos hacia ella turbado por el recuerdo de su ternura de otras veces, en la pasión naciente, de la cual estaba invadido. Pero la joven, al corriente de sus trágicos amores, permaneció grave, mirándole con ojos de simpatía; él se emocionó, y sin quererlo, rozó con su mano la de Severina al darle las almohadas,

mientras respondía á Santiago que le interrogaba.

—¿Se la acusaba, por tanto, de haber provocado el accidente?

—¡Oh! no, no..... Únicamente fué un descuido suyo; ¿comprende usted?

Con frases entrecortadas contó lo que sabía. Nada había visto, pues él estaba en la casa cuando los caballos se marcharon colocando el carro al través de la vía. Aquello constituía su secreto remordimiento; la justicia le amonestó duramente: si él hubiese estado allí, no hubiese ocurrido la espantosa desgracia. La información había, pues, recaído en un simple descuido por parte de Flora; y como ésta se castigó tan atrozmente, el asunto no pasó adelante, sin destituir siquiera á Misard, que con su aire humilde y deferente trataba de disculparse. Flora sólo hacía su santa voluntad, él tenía que salir á cada minuto de su puesto para cerrar la barrera. Además la Compañía no había podido negar aquella mañana la perfecta corrección de su servicio; y esperando que él volvería á casarse, acababa de autorizarle, para que le ayudase á guardar la barrera, á unirse con una mujer vecina, la Ducloux, antigua sirvienta de posada, que vivía de ganancias sospechosas, adquiridas otras veces.

Cuando Cabuche abandonó la estancia, Santiago, muy pálido, retuvo á Severina con la mirada.

—Tú sabes muy bien que es Flora quien condujo los caballos y quien interceptó la vía con piedras.

Severina, estremeciéndose, exclamó á su vez:
—¿Qué dices, querido?... Tienes fiebre, es preciso que vuelvas á acostarte.

—No, no, esto no es una pesadilla.... ¿Entiendes? Yo lo he visto como te veo ahora mismo. Flora detenía los caballos é impedía avanzar al carro con sus fuertes puños.

Entonces la joven se sintió desfallecer cayendo sobre una silla con las piernas dobladas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! eso me causa miedo... Es monstruoso....

—¡Diablo!—continuó él—la cosa es clara, ha querido matarnos juntos.... Hace mucho tiempo que me amaba y estaba celosa. Con eso, su cabeza destornillada y unas ideas del otro mundo... ¡Tantas muertes de un golpe! ¡Ah, infame!

Sus ojos se ensancharon, un movimiento nervioso se apoderó de sus labios y continuaron mirándose largo rato. Después, arrancándose á las visiones abominables que se evocaban entre ellos, replicó á media voz:

—¡Ah, ella ha muerto y me parece que ha de volver! Desde que he recobrado el conocimiento, creo verla siempre ahí. Esta mañana, sin ir más lejos, me he despertado creyendo que estaba junto á mi lecho.... Ha muerto y nosotros vivimos. ¡Con tal que no se vengue ahora!

Severina tembló llena de horror.

—¡Calla, calla! Vas á volverme loca.

Y salió para bajar junto al otro herido. Santiago quedó en la ventana examinando de nuevo la vía, el puesto del guardabarrera con

sus grandes pozos, la caseta de madera donde Misard descansaba en su regular y monótona tarea. Estas cosa le absorbieron durante algunas horas, como si se tratase de un problema que no podía resolver y cuya solución importaba á su salud.

No se cansaba de contemplar á Misard, aquel ser raquítico, manso, paliducho, sacudido de continuo por endiablada tosecilla, y que había envenenado á su mujer, dando fin de tan robusta moza, como insecto roedor, tenaz en su pasión. Seguramente, desde hacía muchos años, no había tenido otra idea que aquella, día y noche, durante las doce interminables horas de su servicio. A cada repique eléctrico que le anunciaba un tren, tocaba la bocina; luego, pasado el tren, cerrada la vía, empujaba un botón para anunciarlo al puesto siguiente: eran éstos simplemente movimientos mecánicos, que habían terminado por formar parte de las costumbres de su cuerpo en esta vida vegetativa. Inculto, idiota, no leía jamás, permanecía con las manos ociosas, los ojos con mirada vaga y perdida entre las llamadas de sus aparatos. Casi siempre sentado dentro de su garita, no tenía otra distracción que la de almorzar allí, empleando todo el mayor tiempo posible. Luego caía en su modorra, con el cráneo vacío, sin un pensamiento, atormentado sobre todo por terribles somnolencias, durmiéndose á veces con los ojos abiertos. De noche, para sustraerse á tan irresistible estupor, se levantaba, andaba, flaqueándole

las piernas como á un borracho. Y de este modo la lucha con su mujer, aquel sordo combate por los mil francos ocultos, que ambos se disputaban para después de la muerte, debió haber sido, durante meses y meses, la única reflexión de aquel cerebro embrutecido de hombre solitario. Cuando tocaba la bocina, cuando ejecutaba sus señales, velando como un autómeta por la seguridad de tantas vidas, pensaba en el veneno; y cuando esperaba con los brazos inertes, los ojos vacilantes de sueño, pensaba en lo mismo. No había nada más allá de esta idea: mataría á su mujer, registraría por todas partes; él sería quien se quedase con el dinero.

Santiago se admiraba de encontrarlo como antes. Se podía, pues, matar sin temor á remordimientos; la vida continuaba siendo idéntica. Después de la fiebre de las primeras investigaciones, Misard, en efecto, había recobrado su pachorra, con la mansedumbre solapada de un ser frágil que teme las violencias. En el fondo no estaba tan tranquilo, porque su mujer seguía triunfando y él continuaba derrotado, revolviendo la casa sin descubrir nada, ni un céntimo; y sólo sus miradas, inquietas y escudriñadoras, delataban su preocupación sobre su faz terrosa. De continuo veía los ojos desencajados de la muerta, la risa horrible de sus labios, que repetían: «¡Busca! ¡Busca!» Y buscaba el hombre ahora dar á su cerebro un minuto de reposo; sin tregua trabajaba, trabajaba, buscando el lugar donde se hallara enterrado el gato, volviendo á

examinar los escondites posibles, desechando los que ya se habían registrado, encendiéndose de fiebre al imaginar uno nuevo, poseído entonces de tal prisa, que todo lo dejaba para correr allá inútilmente: suplicio intolerable á la larga, tortura vengadora, especie de insomnio cerebral que le tenía despierto, estúpido, caviloso á su pesar, bajo el tic-tac del reloj de la idea fija. Cuando soplabá en su bocina, una vez para los trenes descendentes y dos veces para los trenes ascendentes, seguía buscando; cuando obedecía á las llamadas de los timbres, cuando empujaba los botones de sus aparatos, cerrando, abriendo la vía, seguía buscando; sin cesar buscaba, buscaba perdidamente; de día, durante sus largas esperas, entumecido de ociosidad; de noche, hambriento de sueño, como desterrado al fin del mundo en el silencio del negro y dilatado campo. Y la Ducloux, la mujer que ahora guardaba la barrera, atormentada por el deseo de casarse, atendía á los menudos cuidados, inquietada al ver que aquel hombre jamás cerraba los ojos.

Una noche Santiago, que se había levantado y paseaba por su aposento, se acercó á la ventana; una linterna iba y venía en casa de Misard; sin duda buscaba el hombre. Pero á la noche siguiente, mientras el convaleciente acechaba de nuevo, tuvo la sorpresa de reconocer á Cabuche en una gran forma sombría, de pie en el camino, bajo la ventana de la pieza inmediata, donde dormía Severina. Y esto, sin que Santiago supiese explicarse la causa, en vez de irritarle le

llenó de conmiseración y tristeza; también era desgraciado aquel grandísimo bruto, plantado allí como una bestia loca y fiel. Verdaderamente Severina, tan delgada, no muy bella cuando se la detallaba, poseía acaso un hechizo bien poderoso con sus cabellos de tinta y sus pálidos ojos de violeta, para que los salvajes mismos, los colosos incultos, fueran cogidos en la red hasta pasar las noches en su puerta como tímidos mozalillos. Santiago recordó algunos hechos: la oficiosidad del cantero prestándose á ayudarla, las miradas de esclavo con que él se ofrecía á ella. Sí, ciertamente Cabuche la amaba, la deseaba. Y otro día, habiéndole vigilado, le vió que recogía furtivamente una horquilla caída del moño, mientras que ella hacía la cama, y que la guardaba en su puño para no devolverla. Santiago pensaba en su propio tormento, en todos los deseos que había sufrido, todas las turbaciones y terrores que le volvían con la salud.

Trancurrieron dos días más, terminaba la semana, y como lo había previsto el médico, los heridos iban á poder reanudar sus servicios. Una mañana el maquinista, estando á la ventana, vió pasar en una máquina nuevecita á su fogonero Pecqueux, quien le saludó con la mano como si le llamara. Pero él no tenía prisa por volver al servicio; un despertar de la pasión le retenía allí, una especie de esperanza ansiosa de lo que debía ocurrir. El mismo día oyó risas frescas y juveniles en el cuarto bajo; aquellas muchachas llenaban la triste morada con la bulla de un colegio

en horas de recreo. Había reconocido á las niñas de Dauvergne. Nada habló á Severina, quien, por otra parte, durante el día entero, se escapó sin poder permanecer cinco minutos al lado de él. Luego, á la noche, cayó la casa en un silencio de muerte. Y cuando con aspecto grave, algo pálida, la mujer permanecía en su habitación, Santiago la miró fijamente y la preguntó:

—¿De modo que se ha ido, se lo han llevado sus hermanas?

Ella respondió en voz breve:

—Sí.

—¿Y estamos al fin solos, completamente solos?

—Sí, completamente solos.... Mañana tendremos que separarnos; yo volveré al Havre. Ya ha terminado la vida en este desierto.

Santiago continuaba mirándola sonriente y turbado. Sin embargo, se decidió.

—¿Sientes que se haya ido?

La mujer se estremeció queriendo protestar, pero él la detuvo.

—No busco una querrela. Bien ves que no tengo celos. Me dijiste un día que te matara si me eras infiel, y creo que no tengo la catadura de un amante que piensa matar á su querida.... Pero, ciertamente no te movías de abajo. Era imposible que te retuviera yo un minuto. He concluído por acordarme de lo que decía tu marido, que te acostarías cualquiera noche con ese mozo, sin ningún placer, únicamente por probar cosas nuevas.

La mujer había cesado de debatirse, y repitió por dos veces lentamente:

—Cosas nuevas, cosas nuevas.....

Luego, en un raptó de irresistible franqueza, dijo:

—Pues bien, escucha, es cierto..... Nosotros podemos decírnoslo todo. Hay muchas cosas que nos ligan..... Desde hace algunos meses me persigue ese hombre. Sabía que yo era tuya y pensaba que no me costaría gran trabajo ser también suya. Cuando le encontré abajo volvió á hablarme, me repitió que me amaba hasta morir, y estaba tan penetrado de gratitud por los cuidados que le prodigaba, era tan dulce su ternura, que es positivo, soñé yo en amarle también, en probar cosas nuevas, algo mejor, muy dulce..... Sí, algo sin placer, quizás, pero que me calmara.....

Se interrumpió, dudó si había de continuar.

—Porque ya nuestro camino está cerrado, no podemos pasar más adelante..... Nuestra marcha, aquella esperanza de ser ricos y dichosos allá en América, toda aquella felicidad que dependía de ti, es imposible ahora, puesto que no has podido alcanzarlo..... ¡Oh! no te reprocho nada; vale más quizá que no lo hayamos hecho; pero quiero hacer te comprender que contigo nada puedo esperar: mañana sería como ayer, los mismos fastidios, los mismos tormentos.

El hombre la dejaba hablar; pero no la hizo ninguna pregunta hasta que hubo callado.

—¿Y es para eso para lo que has dormido con el otro?

La mujer había dado algunos pasos por la habitación; volvióse y encogióse de hombros.

—No, no he dormido con él, te lo digo sencillamente; y tú lo crees, estoy segura, porque desde ahora no debemos engañarnos..... No, no he podido hacer otra cosa. ¿Te admiras acaso de que una mujer no se pueda entregar á un hombre, cuando ella medita el caso, viendo que puede sacar de esta conducta algún interés? Yo misma no meditaba tanto antes, jamás me costaba ser complaciente, quiero decir, dar ese placer á mi marido ó á ti, cuando os veía amarme con tanta fuerza. Pues bien; esta vez no he podido. Me ha besado las manos, pero no los labios, te lo juro. Me espera en París; le he aplazado, porque le veía tan desgraciado, que no he querido desespeararlo.

Tenía razón. Santiago la creía, comprendía que no mentía. Y sentíase invadido de angustia, agrandábase la turbación terrible de su deseo, pensando que ahora estaba encerrado solo con ella, lejos del mundo, dentro de la llama reanimada de su pasión. Quiso desahogarse y exclamó:

—Pero es que hay otro todavía, otro amante, Cabuche.

Un brusco movimiento hizo volver de nuevo á Severina.

—¡Ah! ¿lo has visto? ¿sabes también eso?..... Sí, también es verdad. Me pregunto qué mosca les pica á todos. Pero ese no me ha dicho jamás una palabra. Veo, sin embargo, que se retuer-

ce los brazos, cuando tú y yo nos abrazamos. Me oye tutearte, y se va á llorar por los rincones. Luego, todo me lo quita, todo lo que ha tocado á mi persona; guantes, hasta pañuelos que desaparecen, que se lleva allá, á su caverna, como si fueran tesoros..... Pero no, no vayas á creer que soy capaz de ceder á semejante salvaje. Es demasiado grande, me daría miedo..... Además, no pide nada..... No, no, esos bestias, cuando son tímidos, se mueren de amor sin exigir nada. Podías dármelo de guarda por un mes, no me tocaría ni con la punta de los dedos, como tampoco ha tocado á Luisilla, de eso te respondo hoy.

Al evocar este recuerdo, sus miradas se encontraron, reinó un silencio. Las cosas del pasado resucitaban: su encuentro en el gabinete del Juez de instrucción, en Rouen; luego, su primer viaje á París, tan dulce; sus amores en el Havre, y todo lo que había seguido, bueno y terrible. La mujer se acercó tanto á Santiago, que éste sentía su aliento tibio.

—No, no; menos con ese que con el otro. Con nadie, ¿entiendes? porque no podré..... ¿Quieres saber la causa? Ahora lo comprendo, estoy segura de no engañarme; es porque tomaste posesión de toda mi persona. No hay otra palabra; sí, me tomaste, como se toma una cosa con las dos manos, se la lleva consigo, se dispone de ella á cada minuto, como de un objeto propio. Antes que de tí, no he sido de nadie. Soy tuya, y seguiré siendo tuya, aunque no quieras, aunque

yo no quiera..... No sé explicar esto. Nos hemos encontrado así. Con otros hombres, me da miedo, me repugna; mientras que contigo, tú me has dado un placer delicioso, una verdadera dicha celeste..... ¡Ah! á nadie amo más que á tí, no puedo ya amar sino á tí solo.

Y adelantaba los brazos para estrecharlo, para posar la cabeza en su hombro, la boca en sus labios. El amante la había cogido las manos, y la retenía, loco, aterrado al sentir el antiguo calofrío que serpenteaba por sus miembros, con la sangre que le latía en el cráneo. Era el mismo zumbido de los oídos, el mismo martilleo de sus grandes crisis de marras. Desde hacía algún tiempo, no podía poseer á aquella mujer en pleno día, ni aun á la claridad de una bujía, por miedo de volverse loco al verla. Y ahora, había allí una lámpara, que iluminaba vivamente á entrambos; si temblaba de aquel modo, si empezaba á encolerizarse, debía ser que percibía la redondez blanca del seno de su querida, al través del cuello desabrochado de su bata.

Suplicante, ardorosa, continuó Severina:

—Es inútil que nuestra existencia no tenga porvenir; tanto peor. Si nada nuevo espero de tí; si sé que mañana vendrán para nosotros los mismos fastidios y los mismos tormentos, me es igual; no tengo que hacer más sino arrastrar mi vida y sufrir contigo. Vamos á volver al Havre; allí viviremos como podamos, con tal que te tenga así, á mi lado, durante una hora, de vez en cuando..... Tres noches van que no duermo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO L. YES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

torturada en mi habitación, allá, al otro lado de la escalera, hostigada por la necesidad de venirme contigo. Has estado tan mal, me parecías tan sombrío, que no me atrevía..... Pero esta noche déjame aquí. Ya verás qué bien la pasamos; no te molestaré, seré razonable. Y además, piensa que es la última noche..... Estamos aquí como en un extremo del mundo. Escucha, ni un soplo, ni un alma. Nadie puede venir; estamos solos, tan absolutamente solos, que nadie lo sabría si muriéramos en brazos uno del otro.

Ya en el furor de su deseo de posesión, exaltado por estas caricias, Santiago, no teniendo ningún arma, avanzaba los dedos para ahogar á Severina, cuando ésta, cediendo á su antigua costumbre, se volvió y apagó la lámpara. Entonces la cogió Santiago, acostándose ambos. Fué una de sus más ardientes noches de amor, la mejor, la única en que se sintieron compenetrados, desvanecidos uno en otro. Quebrantados por esta dicha, aniquilados hasta el punto de haber perdido la sensibilidad de sus cuerpos en contacto, no se durmieron, sin embargo, quedándose agarrotados en un abrazo. Y, como en la noche de la confesión, en París, en el cuarto de la señora Victoria, el amante la escuchaba silencioso, mientras que la mujer, con la boca pegada en el oído de él, cuchicheaba muy bajito palabras sin fin. Quizás aquella noche había sentido ella la proximidad de la muerte antes de apagar la lámpara. Hasta aquel día había permanecido sonriente, inconsciente, sin la ame-

naza continua del asesinato, en brazos de su amante. Pero acababa de experimentar un frío estremecimiento mortal, y aquel espanto inexplicable era lo que la ligaba tan estrechamente al pecho de Santiago, necesitada de protección. Su leve cuchicheo era como la entrega misma de su persona.

—¡Oh, querido mío! Si hubieses podido, ¡qué felices hubiéramos sido en América!..... No, no te pido que hagas lo que no puedes hacer; solamente ¡deploro tanto nuestro sueño frustrado!..... He sentido miedo hace un instante. No sé, pero me parece que algo me amenaza. Es una niñería sin duda; á cada instante vuelvo la cara, como si alguien estuviera detrás, dispuesto á matarme..... Y yo no tengo más que á tí que me defiende. Toda mi alegría depende de tí, tú eres ahora la única razón de mi existencia.

Sin responder, Santiago la estrechó más en sus brazos, demostrando con esta presión lo que no decía: su emoción, su deseo sincero de ser bueno con ella, el amor violento que no había cesado de inspirarle aquella mujer. Y, sin embargo, había querido matarla aquella noche; porque si Severina no se hubiese vuelto para apagar la lámpara, la hubiera estrangulado ciertamente. Jamás se curaría; las crisis aparecían al azar de los hechos, sin que él pudiese descubrir, discutir las causas. Así ¿por qué aquella noche había querido matarla, cuando la encontraba fiel, con una pasión más amplia y confiada? ¿Era que mientras más la amaba, más

quería poseerla, hasta destruirla, en medio de esas tinieblas horribles del egoísmo del macho? Poseerla como la tierra, muerta.

—¡Ay, querido!—continuaba la mujer, hablando con su vocecilla acariciadora.—¡Qué felicidad gozar noches y noches semejantes á ésta, noches sin fin que estaríamos como ahora, no formando más que un sólo ser..... ¿Sabes? venderíamos esta casa, nos iríamos con el dinero, para unirnos en América con tu amigo, que sigue esperándote..... Ninguna noche me acuesto sin arreglar nuestra vida, allá lejos..... Y todas las noches serían como ésta..... Tú me tomarías en tus brazos, yo me entregaría, concluiríamos por dormirnos en brazos uno del otro..... Pero tú no puedes, lo sé. Si te hablo de ello, no es para apesadumbrarte, sino porque me sale del corazón, á pesar mío.

Una decisión brusca, que Santiago había adoptado repetidas veces, le invadió de nuevo: matar á Roubaud, por no matar á Severina. Esta vez, como las otras, creyó tener la voluntad absoluta, inquebrantable, de poner en práctica su proyecto.

—No he podido—murmuró á su vez—pero podré..... ¿No te lo he prometido?

Severina protestó débilmente.

—No, no; no prometas nada, te lo ruego..... Luego nos ponemos malos, cuando te ha faltado el valor..... Y además, es horrible; no debe hacerse, no, no; no debe hacerse.

—Sí; lo sabes bien, debe hacerse y encon-

traré fuerzas..... Quería haberte hablado de este asunto, y vamos á hablar ahora, puesto que estamos aquí solos tranquilos, casi sin poder ver el color de nuestras palabras.

Ya se resignaba la mujer, suspirante, con el corazón lleno de sangre, latiendo con golpes tan grandes, que Santiago lo sentía palpitar contra su propio corazón, cuando le dijo:

—¡Oh, Dios! mientras que no había necesidad de hacerlo, yo lo deseaba..... Pero ahora, cuando la cosa se pone seria, desearía morirme.

Y se callaron; hubo un silencio bajo el grave peso de aquella resolución decisiva. Alrededor de ellos sentían el desierto, la desolación de aquel país silvestre. Tenían mucho calor, los miembros sudorosos, enlazados, fundidos juntos.

Luego, mientras que con caricia errante, él la daba besos en el cuello, bajo la barba, ella continuó hablando en su ligero murmurio:

—Será menester que venga aquí..... Sí, yo podré llamarlo con cualquier pretexto; aún no sé cuál. Ya lo pensaremos más tarde..... Entonces ¿no es eso? tú le esperarás, te ocultarás, y el negocio saldrá perfectamente; porque hay seguridad de que nadie nos importune en este sitio... ¿No te parece? ¿No es esto lo que hay que hacer?

Dócil mientras que sus labios bajaban de la barba al seno de la mujer amada, Santiago se contentó con responder:

—Sí, sí.

Pero Severina, muy cavilosa, estudiaba todos

los detalles; y á medida que el plan se desarrollaba en su cabeza, lo discutía y lo mejoraba.

—Sería, en verdad, querido, muy estúpido no tomar precaución. Si nos habían de prender al día siguiente, prefiero que nos quedemos como ahora estamos..... Mira, yo he leído, creo que en una novela, lo que voy á proponerte: que se crea que ha sido un homicidio..... El hombre está tan sombrío, tan quebrantado, desde hace algún tiempo, que á nadie sorprendería saber bruscamente que había venido aquí para matarse..... Pero se trata de encontrar un medio, de arreglar las cosas de modo que la idea del suicidio fuese aceptable..... ¿No es eso?

—Sí, sin duda.

Severina se devanaba los sesos, algo sofocada, porque su amante la recogía los senos bajo los labios, para besarla por todas partes.

—Oye; hé aquí lo que borraría todo rastro..... Es una idea que se me ha ocurrido. Si, por ejemplo, la herida la tuviera en el cuello, no habría más sino cogerlo y llevarlo entre los dos, poniéndolo sobre la vía férrea. ¿Comprendes? Le colocaríamos con el cuello sobre un rail, de modo que el primer tren que pasara lo decapitase..... Que miraran luego, cuando no quedase sino un emplasto; no se advertiría herida alguna, nada... ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

Ambos se animaban; ella estaba casi alegre y orgullosa de su invención. Bajo una caricia más viva, fué sacudida por un estremecimiento.

—No, déjame, espera un poco.... Porque, querido mío, todavía no está arreglado todo. Si tú te quedas aquí, conmigo, el suicidio no dejará de parecer algo obscuro. Es necesario que partas. ¿Lo oyes? Mañana te irás, viéndote partir todos delante de Cabuche, delante de Misard, para que tu partida sea perfectamente probada. Tomarás el tren en Barentín, te bajarás en Rouen con un pretexto cualquiera; luego, apenas sea de noche, te volverás, yo haré que entres por detrás de la casa. No hay más que cuatro leguas, puedes estar de regreso en menos de tres horas..... Ahora sí que está todo arreglado. Lo hacemos si quieres.

—Sí, quiero, lo haremos.

Ahora él también meditaba, había cesado de besar á su querida, estaba inerte. Hubo un nuevo silencio, mientras que ambos permanecían así, sin moverse, en brazos uno del otro, como anonadados en el acto futuro, resuelto, cierto desde tal momento.

Luego, la sensación de sus cuerpos volvió á animarlos, y se ahogaban en un abrazo creciente, hasta perder el aliento; de pronto se desprendió la mujer, con los brazos caídos.

—Sí, pero, ¿y el pretexto para hacerle venir? No podrá tomar, de todos modos, sino el tren de las ocho de la noche, y no llegará aquí antes de las diez: más vale eso..... Y á propósito, precisamente tenemos el pretexto en ese comprador de la casa, de que me ha hablado Misard, y que debe visitarla pasado mañana por la mañana.....

Ya está todo; voy á telegrafiar á mi marido cuando me levante, diciéndole que su presencia es absolutamente necesaria. Estará aquí mañana por la noche. Tú te vendrás por la tarde, y podrás estar de vuelta antes de que él llegue. Será de noche, sin luna, nada nos estorbará.... Veo que todo va arreglándose admirablemente.

—Sí, admirablemente.

Y esta vez, transportados hasta el desvanecimiento, se amaron. Cuando se durmieron al cabo, en el fondo del vasto silencio, continuaron abrazados. Aunque no era de día, el alba principiaba á blanquear las tinieblas, que los había ocultado, como envueltos bajo un manto negro. El durmió hasta las diez con un sueño profundo, sin ninguna pesadilla; y cuando abrió los ojos estaba solo; ya ella se vestía en su cuarto, al otro lado de la escalera. Una sábana de claro sol entraba por la ventana, incendiando las cortinas rojas del lecho, las telas rojas de las paredes, toda aquella rojura con que llameaba la habitación, mientras que la casa temblaba con la trepidación de un tren que acababa de pasar. Debía ser ese tren lo que le había despertado. Deslumbrado, miró al sol, aquel chaparrón rojo que le inundaba; luego hizo memoria: estaba decidido; la noche próxima tendría que matar, cuando aquel hermoso sol hubiera desaparecido.

Sucedieron las cosas aquel día tal y como habían pensado Severina y Santiago. Aquélla rogó á Misard, antes del almuerzo, que llevara á Doin-

ville el telegrama para su marido; y á las tres, en presencia de Cabuche, que se hallaba allí, Santiago hizo los preparativos de su viaje. Asimismo, cuando se dirigió á Barentín para tomar el tren de las cuatro y catorce, fué acompañado por el cantero, que estaba desocupado, y que sentía la sorda necesidad de acercarse al maquinista, hallando en el amante satisfecho algo de la mujer que deseaba. En Rouen, cuando Santiago llegó á las cinco menos veinte, se alojó, cerca de la estación, en una hospedería, cuya dueña era paisana del viajero. Al siguiente día dijo que iba á ver á sus amigos, antes de volver al servicio. Pero declaró que estaba muy fatigado, habiendo presumido harto de sus fuerzas; á las diez se retiró para meterse en la cama, en una habitación del piso bajo, con una ventana que caía á una calle desierta. Diez minutos más tarde estaba en camino para la Croix-de-Maufras, después de haber saltado por la ventana, sin ser visto, habiendo tenido gran cuidado de cerrar los postiguillos, de modo que pudiera volver á entrar secretamente.

A las nueve y cuarto Santiago se encontraba delante de la casa solitaria, plantada de través al borde de la vía, en la desolación de su abandono. La noche era oscurísima, ninguna luz iluminaba la fachada, herméticamente cerrada. Y entonces sintió en el corazón aquel choque doloroso, aquel golpe de horrible tristeza, que era como el presentimiento de la desgracia, cuya inevitable realización le esperaba allí. Según